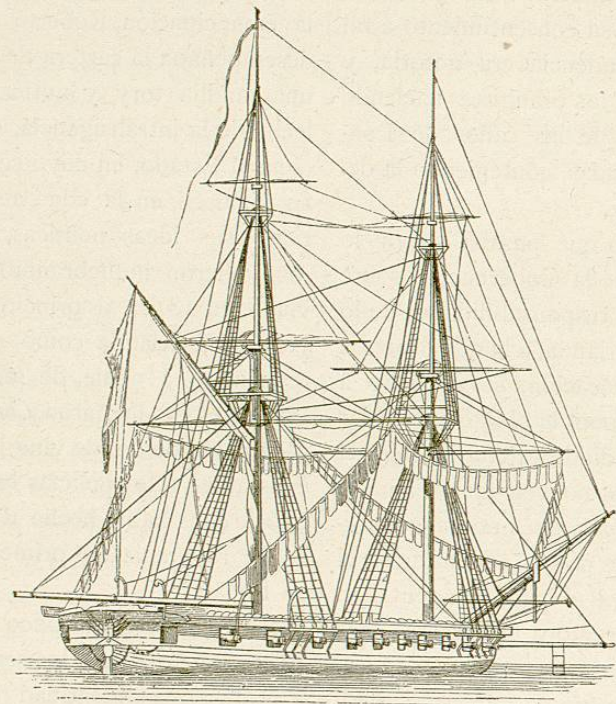


sibilista como Canning, y Bentham decía de ellos que eran dos aves de un mismo plumaje. Esta reserva y prudencia de Peel que habían dado por resultado que hasta aquí no pusiera su firma sino al pié de leyes que tenían el sello liberal, era lo que le obligaba á presentar su dimisión de su cartera de la Gobernación cuando se le quería imponer la solución de la cuestión religiosa, cuya solución no por esto le preocupaba menos.

Cumplióse la palabra dada al rey y en 1826, el

Parlamento dejó de ocuparse de la cuestión de la emancipación de los católicos: ahora toda la atención pública estaba fija en la crisis comercial por que pasaba Inglaterra y que ya había estallado el precedente año.

Las medidas para aliviar la situación comercial de Inglaterra, que, como hemos dicho, quedó muy comprometida al terminar las guerras napoleónicas, datan de 1820, que fué cuando Liverpool amenazó atacar las restricciones puestas á la libertad de las



Brick.—Marina de guerra, de vela

transacciones entre Inglaterra y los demás países. Secundado desde 1823 por Canning que arrastró á Huskisson y Robinson á causa de sus ideas libre-cambistas, procuró asegurar la libertad de la navegación, aboliendo los derechos diferenciales de bandera,—1823-1825,—y abriendo al comercio de todos los pueblos las colonias inglesas,—1825,—sin embargo, con la restricción de que sólo podían ser transportados á Inglaterra los productos de las colonias en buques ingleses.

Estas medidas ayudadas por los graves conflictos por que pasaron los pueblos del continente, que les impedían recuperar por el momento su puesto comercial, junto con la habilidad y la energía demostrada por Inglaterra para apoderarse de los mercados del Centro y del Sud-América, habían establecido el equilibrio y despertado el espíritu de empresa hasta el punto de contar Inglaterra, á primeros

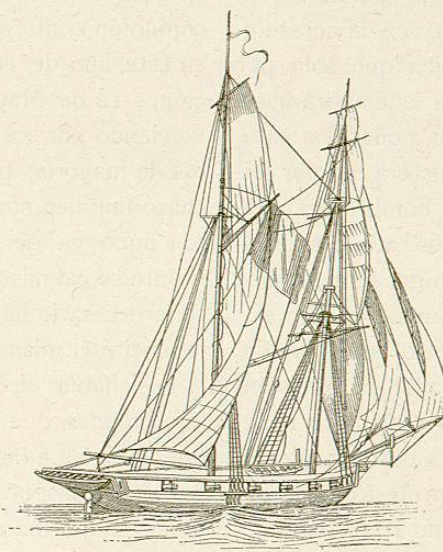
de 1825, ciento sesenta y seis sociedades por acciones con un capital de ciento setenta y cuatro millones de libras esterlinas, que se aumentaron durante el año con doscientas ochenta y seis nuevas sociedades, de modo que la especulación no se había presentado nunca más activa ni poderosa.

Por lo mismo que estas compañías tenían por objeto principal reemplazar á España en la explotación de América, aún cuando hombres prácticos y peritos daban la voz de alerta, no se pudo impedir que salieran enormes capitales para el nuevo continente que fueron á seguida absorbidos por un país que carecía de todos los elementos para poder hacerles producir el interés que esperaban los accionistas, quienes, en vez de los mismos, lo que recibían eran órdenes de sus directores para aumentar los dividendos necesarios para restablecer los fondos de la asociación tan prontamente absorbidos. Esto hizo

que ya no las especulaciones tan bien calculadas, sino las casas más importantes pudieran acudir al crédito, y, por consiguiente, la crisis bancaria primero, la comercial después, se iniciaron tan brutalmente que, á últimos de Diciembre de 1825, habían ya quebrado setenta Bancos, y el consolidado bajado de ochenta y dos á cincuenta y siete, bajando al más ínfimo precio el valor de muchos productos industriales que hasta entonces habían sido muy elevados. Por fortuna, el gobierno conservó su serenidad en medio de la catástrofe y no autorizó al Banco á suspender los pagos en especies que ya había pedido; por lo contrario, pasado el primer momento

de angustia, fué el Banco el que acudió en auxilio de las casas más sólidas, haciéndoles avances de consideración.

Las consecuencias de esa crisis que con tanta violencia estalló en 1825, se tocaron en 1826, quebrando en este año dos mil quinientas casas sobre mil ciento que habían quebrado el año anterior. La crisis obrera con su cortejo de desmanes, entonces habituales, de saqueos y destrucción de fábricas y de la maquinaria, vino á agravar la situación que se presentaba como la obra del libre cambio del gobierno, pero si el gobierno no se dejó imponer por la gritería de los que se decían por él perjudicados, tampoco se



Brick-goleta.—Marina de guerra, de vela

dejó imponer por los obreros tumultuarios, contra quienes desplegó Peel su prudente energía, pero sin las provocaciones ni rigores de su predecesor lord Sidmouth, sino demostrando prácticamente el interés que ponía para aliviar la suerte de los obreros. Así que cuando era de temer que se aprovechara esta angustiosa situación con motivo de las elecciones legislativas, jamás se vió más tranquilidad ni mayor deferencia entre los partidos que se combatían, olvidando todos la cuestión de reforma parlamentaria, pero no la religiosa, haciendo sentir su influencia el gobierno contra los papistas, como entonces se decía, habiendo á ello contribuído no poco el lenguaje y la actitud de los católicos irlandeses.

En Irlanda la sociedad católica disuelta por la ley Goulbourn, continuaba con el nombre de una sociedad de beneficencia, entrando ahora en ella el elemento clerical hasta aquí tan retraído, pues los sacerdotes jóvenes que salían del seminario de Maynovot, salían ricos en sentimientos patriotas, y su

influencia se vió clara desde luego en las elecciones, pues, inspirando confianza y valor al pueblo labrador, éste se sustrajo á la influencia de los arrendadores de las tierras sosteniendo las candidaturas patriotas.

O'Connell, que se presentó á sostener su candidato por el condado de Waterford, se atrevió á desafiar la influencia todopoderosa de Beresford. Que en estas elecciones interviniera la curia romana, lo prueba las declaraciones que publicó la Sociedad Católica de Inglaterra procurando disipar los temores y recelos que inspiraba el catolicismo; y, como siempre que se trataba de Irlanda, el movimiento de ese país repercutió en la América del Norte, en donde los irlandeses allí emigrados votaron resoluciones favorables á la agitación, que mantenían muy irritada con las violencias de su lenguaje, Thayer, Duvernier de Hauranne, duque de Montebello, Sheil y otros, nacionales y extranjeros, habiendo llegado Sheil, en la reunión á que asistieron aquéllos, á declarar que Irlanda de-

bía aprovechar el conflicto que se presentaba entre España é Inglaterra á causa de los asuntos de Portugal.

El triunfo electoral no fué, sin embargo, de esos que desmontan á un gobierno; pero, para una primera batalla, los jefes podían estar contentos de sus reclutas.

La legislatura de 1827 inauguróse con el fallecimiento del presunto heredero del trono, el duque de York, y con el de lord Liverpool,—Enero y Febrero;—de modo, que el partido protestante intransigente perdía á sus dos jefes más caracterizados; pero, como si estas desgracias hubiesen despertado el antiguo espíritu protestante de Inglaterra, la Cámara de los comunes desechó esta vez la acostumbrada proposición de Burdett, bien que sólo por cuatro votos de mayoría; de modo, que ahora ni en la Cámara de los comunes podían poner los católicos sus esperanzas. Pero Canning era primer ministro, y la popularidad de este hombre era tanta, que lo mismo los whigs que los católicos declararon públicamente que, por de pronto, debía dejarse la cuestión de la emancipación á un lado.

Merecía esto Canning, porque no se había conservado en el gobierno sino mediante su dimisión, que el rey no quiso aceptar. Los lores habían reclamado que se nombrara un primer ministro anticatólico, y contra esta imposición protestó Canning, presentando su dimisión. El mismo Peel, que amenazaba con la suya y rechazaba un ministro favorable á los católicos, pedía lo que Canning, esto es, que esta fuera una cuestión abierta; y como fué imposible llegar á un ministerio Wellington, porque entre éste y Canning reinaba profunda enemistad, y Canning era «el indispensable,» como le había llamado el mismo duque, Canning quedó de primer ministro, con gran disgusto por parte de los tories, que veían en el primer ministro un partidario tan resuelto como el que más de la emancipación. Desde esta época los tories principiaron á desconfiar de Roberto Peel, de quien lord Eldon decía ya las mayores enormidades políticas. Pero Canning cogió el día del entierro del duque de York un constipado, que fué haciendo su camino, y el día 8 de Agosto bajaba á la tumba.

Ya hemos contado como á Canning sucedió lord Goderich, y á éste Wellington, en 8 de Enero de 1828. Los tories volvían al poder cuando en él no habían podido hacer nada los whigs, á causa del carácter de gobiernos de coalición que habían tenido los de Canning y Goderich; ahora, por consejo de Peel, Wellington apeó de sus carteras á los whigs,

caracterizados, pero no se las tocó á los amigos personales de Canning, Dudley y Huskisson, con lo cual quedó como existente la coalición. La cuestión católica se declaró igualmente una cuestión abierta, tanto, que á Irlanda se enviaron los mismos hombres que Canning había ya designado: lord Anglesey como lugarteniente, y Lams, más adelante lord Melbourne, como primer secretario.

Fué este ministro el que dió, sin pensarlo ni quererlo, el primer paso en favor de la emancipación de los católicos, declarando realmente abolidas las leyes por las cuales no podían ejercer funciones municipales los católicos ingleses que no presentaran ciertos juramentos dogmáticos y no recibieran la comunión conforme al rito anglicano. Así, cuando en este año de 1828 Burdett reprodujo su proposición,—12 de Mayo,—la Cámara de los comunes, volviendo por sus tradiciones, la aceptó por seis votos de mayoría; pero la Cámara de los lores la rechazó también conforme á sus tradiciones. Wellington hubo ya de exclamar que, sin embargo, tan pronto se calmase un tanto la agitación de Irlanda, sería necesario hacer alguna cosa, por cuya actitud le felicitó el mismo lord Lansdown.

Peel había dicho por su parte, en la Cámara de los comunes, que si bien le repugnaba la resistencia que oponían á las pretensiones de los católicos, no se sentía dispuesto todavía á renunciar á ella, y él no renunciaba ahora su cartera porque la crisis ministerial estalló por resultar incompatibles Wellington y sus amigos con los amigos de Canning, de modo que el duque se encontró entonces en libre situación para formar un gobierno á su gusto yendo á buscar sus colaboradores en las filas del ejército, á quienes dió por compañero al presuntuoso lord Aberdeen. Con Huskisson, Dudley, Palmers-ton y Grant, se retiró el primer secretario de Irlanda, Lamb. ¿Qué iba á ser ahora de la cuestión de la emancipación? Cuando todos la creían definitivamente enterrada, Huskisson declaró á sus amigos que era ahora cuando iba á pasar, y de esta opinión era también Greenville, estimando como signo significativo el haberse excluido al viejo lord Eldon del gobierno.

Crear que los irlandeses, porque Wellington había declarado que en cuanto se restableciera la calma en Irlanda sería ocasión de hacer algo, habían de retroceder, era una ilusión tanto más extravagante cuando no habían de ver menos en el duque el triunfo de su personal enemigo. Así resolvió la Asociación presentar candidatos propios y bien caracterizados á todas las vacantes que ocurrieran, y

como con la purificación ministerial quedó vacante la elección del condado de Clare, O'Connell presentó su propia candidatura, siendo como era poco menos que ineligible, pues era casi seguro que de resultar elegido no había de prestar el juramento de reconocer la supremacía de la religión anglicana. Así se combatió por este lado su candidatura, pero O'Connell, resuelto ya á llevar la agitación al seno del Parlamento inglés, dijo que si era elegido juraría, y ya desde este momento hubo de perder toda confianza el candidato ministerial, porque no pudo equivocarse sobre quién tenía las simpatías del país. Dos mil cincuenta y siete votos contra novecientos ochenta y dos enviaron á O'Connell al Parlamento, viéndose durante esta lucha, clara la influencia del clero, pues habiendo un cierto O'Brien reunido sus colonos para que fueran á votar á Fitzgerald, se presentó delante de la columna electoral el padre Murphy de Carofin, les exhortó y se les llevó, sin que se quedara ni uno solo con O'Brien, á votar á O'Connell. El gobierno inglés que se sintió profundamente mortificado y afectado por esa elección, decidió estudiar la cuestión, para ver cómo se podía resolver, pero como esto no constaba á los irlandeses, la agitación alentada por el triunfo de O'Connell llegó á su colmo, hasta el punto de presentarse aquí y allá el pueblo, ó los adheridos á la Asociación, formados y reglamentados, vistiendo un cierto uniforme y en algunos puntos hasta armados. Los protestantes que esto vieron, se organizaron también por su parte; formaron á tal fin la Asociación llamada de Brunswick, y en el Norte de la isla llegaron finalmente á las manos unos con otros, gracias á la intemperancia del católico Lawless, que quiso entrar á viva fuerza en los pueblos en donde dominaban sus contrarios.

Todo esto disgustaba profundamente lo mismo á lord Anglesey que á O'Connell y á Sheil, que no querían tales violencias, de modo que Anglesey, que estaba en contacto con patriotas influyentes, con lord Clouanry y Williers, más adelante lord Clarendon, hizo advertir á O'Connell que iba á intervenir militarmente, si no se calmaba la agitación; de modo que ahora se iba á poner á prueba la autoridad de O'Connell, quien se vió obedecido por fortuna,—26 de Setiembre.

Claro está que el gobierno no podía cerrar los ojos á lo ocurrido, y por consiguiente, tampoco es de extrañar que el primado católico, arzobispo de Armagh, Curtis, al ver perseguidos y encausados á sus correligionarios, pidiera para ellos clemencia, y que aprovechara la ocasión para hacer entender

á Wellington la razón de su causa, dando esto ocasión para que el duque le repitiera al arzobispo que él no desesperaba de obtener un buen resultado, si se pacificaban completamente los ánimos, lo que aprovechó el astuto primado para explotar la vanidad de Wellington, diciéndole que quien se atrevería á resistirle, á él, el vencedor de tantas batallas, si mandaba á la gente que se retirase. Curtis enteró de todo á Anglesey, y éste, creyendo prestar un gran servicio á la pacificación, lo hizo todo público, lo cual le costó el destino; pero al fin, el duque quedaba comprometido.

Si ahora Wellington hubiese sido hombre para maniobrar en los asuntos políticos, como lo había hecho antes con los militares y sin querer compartir la responsabilidad con nadie, hubiese mandado y dirigido por su propia iniciativa, de seguro que hubiera llevado la cuestión adelante, militarmente, á paso de carga, como ya lo había indicado al saber la elección de O'Connell. Pero Wellington, fuese porque realmente desconfiase de sí mismo en los asuntos políticos, fuese por debilidad de carácter producida por su glorificación, lo cierto es que se dejaba influir fácilmente, y que nadie como él era tan fiel á una simpatía como constante á una antipatía.

Hemos visto que la situación política en el continente europeo, estaba impregnada de un espíritu de reacción y de restauración católica, que había de repugnar, francamente, á los protestantes, y sobre todo á los protestantes liberales, de modo que la oposición tenaz de Inglaterra á la emancipación de los católicos, tenía ese aspecto que había, naturalmente, de afectar lo mismo al pueblo que á los espíritus reflexivos, pues parecía que con esta oposición, lo que se hacía era combatir ó resistir el triunfo del catolicismo ó del ultramontanismo en Europa. Por consiguiente, haciendo brillar este aspecto de la cuestión á tiempo, se podía lo mismo deslumbrar á la oposición, que al gobierno, que al pueblo inglés, y no hay duda que Canning hubo de dejarse cegar más de una vez por su falso brillo.

Wellington principió por espontanearse con lord Lyndhurst, que presidía los comunes, y con Peel, que creía que entre los dos males, el de hacer la guerra á los católicos ó el de emanciparlos, éste era el menor,—11 de Agosto,—pero no creía que esto lo pudiera hacer él, tan comprometido como estaba en la cuestión, por cuyo motivo le pedía que aceptase la dimisión, y aún cuando no se lo decía á él, Peel no ocultaba su opinión de que de tal medida se había de dejar á los whigs que fuesen los ejecutores.